



22
Medellín, 24 de febrero de 1963

Mis queridos Hermanos:

Hace cinco meses, el 24 de septiembre de 1968, murió en Barranquilla (Colombia), el salesiano Coadjutor

LUIS J. DEL REAL

a la edad de 73 años.

Desde algún tiempo sufría del corazón. No obstante, cada año venía cumpliendo con toda regularidad su horario de clases de castellano en los cursos quinto y sexto de bachillerato, donde era muy apreciado.

El domingo 22 de septiembre se sintió un poco mal y con mucho dolor en el brazo izquierdo. Esa tarde no salió con los hermanos como solía. El lunes asistió a meditación como de costumbre, pero se sintió mal. No le dio sin embargo mucha importancia a su dolencia por la confianza que le había tomado en tres y más años de miedos y anuncios siniestros que no se cumplían. A ello contribuía

la ayuda del médico que le infundía optimismo. A las seis de la tarde, después de pasar horas sentado a la puerta de la capilla, frente al patio de recreo, y entre avemárias del rosario y charla entretenida con los muchachos, el mal se agravó. Casi en vilo lo condujeron a su cuarto, se hizo venir al médico, y sin que valieran inyecciones, pareció que tocaba el fin. En un rato de lucidez recibió los últimos sacramentos de manos del Padre Director, rodeado de toda la Comunidad.

Pasó el resto de la noche regular. A la mañana siguiente recibió muy temprano el viático con gran consuelo suyo. El vómito no se lo ratos, a ratos acostado. A las seis y media de la tarde, mientras la enfermera que lo asistía bajaba a prepararle un caldo, y en el momento permitido antes. El 24, día caro para él, lo pasó levantado a mento en que los que lo acompañaban lo dejaron un instante solo, la muerte vino y se lo llevó.

Lo velaron en la iglesia parroquial los salesianos y los alumnos que supieron rápidamente la noticia.

El 25 el P. Director ofició la misa con asistencia del señor Obispo de la diócesis, de los alumnos y de muchos amigos personales de Don Luis y de la Comunidad.

Los funerales se hicieron por la tarde y fue sepultado en el Jardín de los Recuerdos.

Al mes, sus alumnos de tipografía de Bogotá se pusieron de acuerdo para rendir un homenaje a la memoria del maestro querido. De acuerdo con el Padre Inspector del Colegio León XIII programaron para el 24 de octubre, a las seis y media de la tarde, una misa solemne concelebrada y el descubrimiento de una lápida de mármol conmemorativa en el claustro principal del Colegio. La oración fúnebre estuvo a cargo del Reverendo Padre José R. Vaccaro, delegado para la Pastoral social y universitaria. En el patio hablaron Don Tarcisio Higuera, director de la Imprenta Nacional, alumno de Don Luis en Artes Gráficas, promotor del homenaje, y el Padre Inspector de Medellín.

Tarcisio Higuera dijo: "Aquí estamos formando un solo haz, superiores, industriales de las artes gráficas, profesionales y camaradas, pero camaradas que creemos en Dios y en los valores inmortales, para dar testimonio de nuestra autenticidad de creyentes y de nuestra devoción incancelable a quien fuera durante más de 50 años forjador afortunado de juventudes y servidor de Dios y de Colombia. Para lograr este objetivo no fue preciso tocar a somatén, ni realizar tareas de proselitismo: fue suficiente una noticia terriblemente lacónica para que todos reaccionáramos de inmediato, acicateados por una misma idea, y aquí estamos presididos por los dos Inspectores

colombianos y en la grata compañía de salesianos de casas lejanas, dispuestos todos, en forma espontánea y generosa, a rendir un homenaje nacional a quien sólo deseó ser en su vida un modesto coadjutor de Don Bosco.

Este es el prodigo de la gratitud y del cariño; este el portento del hombre bueno que pasó su vida en callada pero fecunda docencia; cuando sonó para él la hora del descanso definitivo, sus discípulos, sus antiguos discípulos y sus compañeros de lucha, nos congregamos presurosos para decirle como antaño ¡presente! a fin de que descance en paz rodeado por el afecto de todos, entre el rumor creciente de aclamaciones y de plegarias.

Porque la tumba que se abrió hoy hace un mes, no sólo nos ha causado profundo dolor; es verdad que a nuestro derredor sentimos rumor de lágrimas incontenidas y vemos rostros asediados por la amargura; pero nuestros corazones despojados de egoísmo repican a fiesta y de nuestros pechos exultantes sube la plegaria hinchida de admiración porque sabemos que Luis J. Del Real fue siervo bueno y fiel y ha entrado en la gloria de su Señor!

En el texto de la lápida que se acaba de descubrir está sintetizada su vida prolífica consagrada a la fe católica y al arte tipográfico y está bien que sea en estos claustros nutricios porque aquí fue el centro primigenio de sus extraordinarias actividades:

Al Preclaro Coadjutor Salesiano

LUIS DEL REAL

Maestro de eximias virtudes y propulsor infatigable de las artes gráficas
sus alumnos colombianos.

Bogotá, octubre 14 de 1968.

Pasarán los años y la memoria de este varón justo no se eclipsará, pues sus obras lo sebreviven. Amó a Dios, fue modelo de virtudes y arquetipo de maestros.

Hizo de su arte una cátedra, lo enalteció y lo enseñó con benevolencia a infinidad de discípulos. Fue religioso ejemplar, amigo leal, orientador de juventudes y ciudadano sin tacha.

El arte tipográfico colombiano le debe su tecnificación, su adelanto y desarrollo integral.

Por todo esto su nombre está inscrito entre los siervos buenos y entre los beneméritos de la cultura».

Y el P. Inspector de Medellín: "Hace quince días, en Barranquilla, visité la tumba de don Luis del Real en los Jardines del Recuerdo; ya está empradizada; no tiene lápida todavía; sobre un trozo de madera se lee a lápiz su nombre: LUIS DEL REAL. 24 de septiembre de 1968.

En el colegio fuí a su pieza; un poco en desorden y pocas cosas; los libros de texto para sus clases de castellano, unos pocos clásicos, la colección casi completa del «Don Bosco», la revista publicada por él tantos años, mes tras mes, en la imprenta de León XIII; cuadernos con apuntes de clase; unas pocas fotografías en que se ven los rostros juveniles de algunos de ustedes; un diario de su viaje a Italia y a España, y álbumes de recortes de periódicos con temas literarios.

Se han reunido aquí sus alumnos de tipografía espontáneamente, encabezados por Tarcisio Higuera, su amigo dilecto, el discípulo reconocido. Y se lo agradecemos. Ha podido más el amor y el reconocimiento que el peso del trabajo, y la invitación formal que nosotros hubiéramos podido hacerles.

Conocí a Don Luis cuando vine a este colegio como clérigo asistente en 1937. Estaba él en lo mejor de sus días. Años hacía que trabajaba como director de la escuela de tipografía. Aquí se publicaron bajo su dirección técnica obras de aliento, revistas de valor técnico extraordinario para entonces, como la Revista Diplomática; se hacían en estos talleres salesianos tricromías que aún hoy son la admiración de los entendidos; aquí junto a la escuela tipográfica, complementándola, se instaló el primer taller que hubo en Colombia de fundición de tipos, y en el taller de encuadernación se realizaban igualmente trabajos primorosos.

Pero sobre todo se formaban bajo la dirección de don Luis los mejores maestros y técnicos de Colombia en artes gráficas.

Ahí está don Luis: sereno, alegre, con dotes extraordinarias de trato, siempre en actitud de crear amistad, de enseñar, de influir.

Prescindiendo de su condición de religioso salesiano y aún de cristiano, si es que estas dicotomías son posibles, don Luis fue un espléndido ejemplar humano: buen amigo, inteligente, atildado escritor, maestro incomparable, alegre, simpático, dueño de un carácter fuerte, domado a punta de esfuerzo, para comprender a los demás, especialmente a los jóvenes. Esto sumado a su condición cristiana y religiosa, hacen de él el Coadjutor Salesiano más ilustre que hemos tenido en estas tierras colombianas, y me atrevo a decir, de los más notables habidos en toda la Congregación.

Al taller de tipografía acudían, atraídos por los intereses en el arte, los escritores más notables de entonces. Y don Luis era el centro de aquel ilustre cenáculo de hombres famosos en las letras. Su cultura le daba prestigio y se sentía entre iguales.

Pero quién no recuerda a don Luis como propulsor del teatro escolar? No sólo sabía de tramojas y de ensayos. El mismo era un gran actor; lo mismo hacía desternillar de risa en sus papeles jocosos, como llorar en los serios. Todavía hoy se recuerdan las piezas por él representadas. Esta tarde casualmente me encontré aquí en la portería con un sacerdote viejito, me parece que hijo de San Ignacio, que hablaba con entusiasmo del Gondolero de la muerte y su protagonista, don Luis del Real. Don Luis fue el creador de la galería dramática salesiana de Colombia, que tanto ha colaborado para popularizar el teatro en escuelas y colegios.

Nosotros lo hemos conocido como religioso ejemplar. Piadoso con una sencillez casi infantil; quería a María Auxiliadora con todas las fibras de su alma; extraordinariamente delicado en sus palabras, él que jugaba con el humor; casto en las costumbres y dueño de una pobreza recia y sincera.

Fue un asistente como pocos; siempre estaba con los jóvenes en los recreos y se daba cuenta de lo que otros ni siquiera imaginaban. A pesar de los años, se adaptaba con enorme facilidad al ambiente juvenil.

Merece una biografía, él que escribió con tanto gusto y emoción los bocetos biográficos del P. Arato, del P. Juan del Rizzo, el tríptico Juan Buscaglione, el arquitecto; Rojitas, el maestro de mecánica; Perotto, el maestro de sastrería. Dios quiera que podamos cumplir este propósito.

Les agradezco a todos los exalumnos aquí presentes, su compañía. De modo especial le agradezco a Tarcisio Higuera este homenaje a Don Luis.

Desde los ornamentos blancos para la misa concelebrada hasta los coros con sabor de villancico, todo estuvo de acuerdo con el carácter del hombre cuya muerte commemoramos".

Datos Biográficos

Don Luis del Real había nacido en El Guamo, departamento de ~~1895~~ Bolívar, el 2 de febrero de 1855, de don José María Cardenio del Real y doña Nicolasa Merlano. El mismo año de su nacimiento perdió a su madre. En su pueblo natal hizo las primeras letras hasta que toda la familia se trasladó a Barranquilla donde Luis terminó los cursos elementales. Entró al recién fundado Colegio Salesiano de San Roque

donde hizo tres años de comercio, hasta 1909 en que pasó a Bogotá, al León XIII, en calidad de aprendiz de tipógrafo. En el año de 1914 ganó el diploma de Habilidad y el de Maestro en 1915. Aquí se despertó en él su vocación salesiana y ya desde el comienzo de 1913, continuó sus estudios en calidad de aspirante. En 1916 hizo su primera petición para entrar al noviciado; pero debido probablemente al hecho de no estar su hogar canónicamente bien constituido, tuvo que abandonar la prueba y regresar a casa. El persistía en sus propósitos. Tres años duraron los anhelos, los sinsabores, las dificultades; tres veces hizo petición para el noviciado, hasta que el primero de diciembre de 1920 fue admitido definitivamente. Su primera profesión se verificó el 16 de enero de 1922, y emitió los votos perpetuos el 17 de enero de 1925.

Desde 1920 comenzó a enseñar la tipografía en el Colegio de León XIII. Ya salesiano fue destinado al mismo colegio donde permaneció hasta 1945.

En veinticinco años una legión de aprendices pasó por la escuela Salesiana de Tipografía; son los que hoy ocupan puestos destacados en la industria gráfica, como técnicos, jefes, propietarios. Se puede decir que bajo la dirección de don Luis del Real y César Prano, ambos coadjutores salesianos y ambos tipógrafos notables, se creó la industria gráfica colombiana, hoy en su edad adulta y florescente, con medios económicos y técnicos abundantes, que no conocen nuestras hoy modestas escuelas tipográficas.

En 1945 don Luis fue trasladado a Medellín como director y jefe del taller de tipografía, hasta el año de 1954, cuando ya un poco viejo y achacoso, tras dos años de descanso, pasó a Barranquilla, donde sentó cátedra de profesor de castellano y literatura española e hispanoamericana, hasta su muerte.

En el número 14 de la Revista «Técnicas Gráficas» con vasta circulación en el Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela y Centroamérica, don Manuel Rojas Londoño, uno de sus alumnos, en breve artículo necrológico resume así las actividades del ilustre maestro salesiano:

«Del árbol salesiano se ha desprendido la figura humana de Luis J. Del Real. No podemos pasar desapercibidos sin haber escrito algunas palabras en homenaje al gran maestro, al gran educador, al poeta, al escritor y al gran actor de teatro.

Luis Del Real era el perfecto educador: educaba con sus consejos, con su porte, y sabía dictar las clases con sencillez y con qué perfección! Nunca improvisaba, llevaba siempre escrito lo que quería trasmisitir a sus alumnos. Conocía a fondo nuestro idioma y todos los días lo perfeccionaba en Caro y Cuervo, en Bello y Suárez. En las artes gráficas era el maestro modelo. Escribió el *Tipógrafo Compositor*,

para los cinco años de enseñanza técnica. En él depositó todos sus conocimientos para que sus alumnos avanzaran mejor en el difícil arte de la Imprenta.

Recopiló en Medellín seis antologías de Prosa y Verso, tomos que llenan un vacío inmenso en la preparación de discursos occasio- nales, fiestas religiosas, patrias, homenajes a las autoridades y poesía para declamar en las veladas hogareñas y literarias.

Tampoco podemos descartar los innumerables escritos en las revistas salesianas: Don Bosco, El Lábaro y las obras salidas de su magnánimo corazón: Padre Juan del Rizzo, el Padre Arato, etc.

En Del Real hay que admirar esa perfección para escribir sus discursos, sus poesías, sus artículos religiosos. En varias ocasiones sus estudios críticos fueron elogiados por la Academia Colombiana de la Lengua.

Podemos sumarle a estas modestas palabras su bondad para corregir, su sencillez para vestir, su certeza para solucionar problemas y su capacidad tipográfica».

EL RELIGIOSO.—Finalmente quisiera pergeñar para mis hermanos salesianos coadjutores la figura espiritual de este religioso que tanto admiraron sus alumnos. Pero inevitablemente se tropieza con el carácter de intimidad propio de toda vivencia espiritual, de tal forma que quedan en la penumbra del espíritu las relaciones del alma con Dios, las debilidades del hombre y la misericordia de Dios, los adelantos por los caminos de la fe, los anhelos de la esperanza y las audacias del amor. Conocimos a Don Luis con una piedad sencilla, puntual, alegre, sin excepciones. Quería a María Auxiliadora con la ternura de quien, habiendo perdido la madre tan temprano, no se resigna a la orfandad y busca quien ocupe el lugar del ser querido.

De 1936 a 1954 ha quedado una libreta en la cual don Luis fue consignando año tras año sus sentimientos espirituales nacidos al calor de la predicación de los Ejercicios anuales. A través de esas páginas se adivina un alma sedienta de perfección, pero sin pretender salirse de los moldes de la vida salesiana, en donde la sencillez, el amor al trabajo, la vida de familia, el apostolado juvenil y la práctica del sistema preventivo, forman la trama de la vida diaria.

Vamos a entresacar de esos apuntes lo que creemos más caracte- rístico de Don Luis y de más provecho para nosotros.

Ejercicios Espirituales, diciembre 1936 — enero 1937.

«Dios está en mí y yo en él. Luego mi pensamiento constante en todas mis acciones debe ser él. Si no hago así, faltó a una obligación y a

una necesidad. Soy religioso. Procedo, como el resto de los mortales, de naturaleza corrompida y estoy amasado con concupiscencia. Pero por mis votos he sido seleccionado por Dios para aspirar a la perfección, este es mi estado. Si no procuro hacerlo falso a un compromiso solemne contraído voluntariamente el día de mi profesión religiosa salesiana. Por consiguiente mis costumbres, mi modo de ser, han de distinguirse del resto de los mortales. Puedo dar mal ejemplo y hasta escándalo con la trasgresión de ciertas reglas, especialmente con la murmuración. A cuántos habré maleado por mi conducta negligente, y de modo particular con mis palabras de crítica. Con muy poco se desví a un alma del recto sendero. Y con poco también se encarrila a un remiso.

Qué me importa lo que hagan los demás, cuando en ello no hay pecado? Primero yo, pues qué voy a dar si nada tengo? Por qué quedarme vacío por dar a los demás? Al cielo tengo que llegar, pero con mis obras; ninguno hará por mí. Lo que yo haga eso será lo que me vale ante el Juez eterno.

A Dios le place que le ayudemos a llevar la cruz.

Trabajar con interés sin excusarme para ello, como en cosa propia. De tal modo que considere lo de la congregación como mío. Jamás renegar del trabajo por pesado o gravoso que sea. Mode'o San Juan Bosco quien se multiplicaba y hallaba tiempo para todo. Ahí están también esos héroes de trabajo a quienes hemos conocido: Don Evasio, don Mauricio Arato, don Antonio Aime, don César Prano... En casa de Dios ningún oficio es bajo. Por qué criticar cuando se tiene qué hacer?, aun cuando se tenga que prescindir del reposo o del recreo. Si estuviera en el mundo, cómo me comportaría solo por interés! Y debo trabajar por triple motivo: porque estoy obligado a ello como mortal, como religioso y como salesiano sinónimo de hombre de trabajo. Pero trabajaré con espíritu de fe, de sacrificio. Con amor, con entusiasmo y dedicándome a aquello que se me ha confiado, sin buscar otras ocupaciones que me alejen de lo esencial.

Sin embargo, la oración deberá ser mi preocupación constante ya que ella constituye la ocupación del religioso. Sin ella no se tendrán fuerzas para vencer las múltiples tentaciones que nos asaltan. sin ella el Señor no concede a nadie sus favores. Oración fervorosa, ordenada, constante. Jamás dejar la meditación, alimento exquisito del religioso, ni sano, ni enfermo, ni por causa de viajes, paseos, etc. Si no la puedo hacer en común, en privado. O suplirla, pero jamás pasar sin ella. Qué infelices deben de ser los que no la hacen. Santa Teresa afirma que quien deja la meditación no necesita demonio que le tiente, pues él mismo baja a grandes pasos la pendiente de la perdición. La comunión diaria ya que Jesús eucarístico debe ser el centro de mi vivir. Nosotros salesianos tenemos la gloria de habernos

adelantado en la iglesia a frecuentar este sacramento. Ay de mí si soy remiso en mis ejercicios de piedad! La palabra de Dios y la lectura espiritual son la voz viva de Jesús que me amaseta. Si critico o voy a los sermones como juez, me hago reo de pecado y pierdo grandes méritos para la eternidad. Si no soy piadoso me expongo a caer en la tibieza y de ésta a la pérdida de la vocación no hay sino un paso.

Delicadeza de conciencia. Sin ésta ni siquiera me pareceré a las personas del mundo; muchas de éstas la tienen y en grado elevado. Especialmente en mis exámenes de conciencia que deberé hacer durante la meditación. Jamás administrar dinero, ni darlo en préstamo a amigos, ni disponer de él para lo más mínimo. Soy pobre y como tal debo portarme siempre y en todo.

La sencillez con nuestro Señor ha de ser característica del erlighoso. Tratar a Jesús como amigo, intimamente. El así lo quiere. Mi maestro sea San Juan Bosco siempre y en todo. Su vida admirable resplandezca en mí, especialmente mi abnegación, mi desprendimiento y mi unión con Dios. La vida interior, el trabajar por perfeccionarme cada vez más en mi estado, sin lamentarme, antes bendiciendo la parte que me ha tocado en el reparto del Padre de familias, deberá ser trabajo diario, constante, de cada minuto, de cada segundo.

La caridad con mis hermanos es otra virtud en que debo sobresalir. A ello me ayudará la buena educación.

Ejercicios Espirituales — 1938.

Hacerme querer de mis alumnos. Sacrificarme por ellos. Hablarles a menudo y perdonarles generosamente. La experiencia me ha dado a conocer que cuando se les llama aparte y se les manifiesta confianza y cariño, ceden y se dejan conducir. Nunca amenazarlos, y menos castigarlos públicamente. Darles a entender que me intereso por ellos, y que los protejo pero sin rebajarme a amistades sensibles. Don Bosco, mi Padre, sea el protector este año de 1939, y que él me ayude a salir triunfante en mis propósitos. Amor, caridad, paciencia, y con el auxilio de María saldré vencedor. Trabajar con desinterés en el campo que la obediencia me ha confiado. Si me dan parte en alguna asociación procuraré entregarme a ella con gusto sin mirar en sacrificios. Tengo que ser generoso y menos amigo de mis comodidades. Ya tengo años —44— y todavía no he progresado como debo en el camino de la perfección a pesar de tantos propósitos. Nunc coepi. Confesión los sábados. Espíritu de sacrificio y sufrir resignadamente y en silencio por Dios. De qué me sirven los consuelos de las criaturas? Solo Dios será mi recompensador y el único que me auxiliará en el lecho del dolor. Fuera de él, todo es miseria.

Ejercicios — 1939.

Piedad Sincera.—Cumplimiento fiel de todos mis deberes.

Dejarme a mí mismo y darme más a los demás. Predicarles de palabra pero especialmente con el ejemplo.

Buscar más a Dios en todos mis actos. Renunciar a la gana de brillar, de aparecer. Renunciar al lujo en el vestido. La modestia de Don Bosco será mi mejor brillo.

No dar que hacer a mis superiores.

Llamar a mis alumnos por lo menos cada mes, y satisfacer sus necesidades espirituales. Cuándo me abandonaré enteramente en poder de dios.

Ejercicios de 1940.

Señor, protégeme! Despega mi corazón de las criaturas! Dos amigos se han alejado de mi lado. Cómo te acuerdas de mí! de mí tan culpado; más débil que ellos. Y me has sacado ileso de en medio del fuego, como a los jóvenes del horno de Babilonia. Bendito seas! Reconocido debo estarte todos los días de mi vida. Las caídas de los otros deben ser para mí despertador constante para mantenerme en pie, listo a luchar contra los incentivos de mis pasiones. Gracias por tus avisos; por tus sabias admoniciones. Si no me apoyo en tí, caeré infaliblemente. Por no estar unidos contigo perecieron... Si dejo la meditación, si descuido mis deberes de piedad, puedo resbalar; puedo hundirme y hundir mi congregación. Que nunca me suceda cosa semejante. Antes la muerte... una enfermedad incurable... yo, tan ajeno al dolor y al sufrimiento, de rodillas, Señor, te lo imploro. No me dejes. Que jamás se aparte de mí el triste recuerdo que estas defeciones despertaron en mi alma.

Ejercicios de 1941.

Tengo que salvarme y ayudar a salvar a otros. Lo que soy delante de Dios, eso soy y no más. Por mí mismo nada puedo. Con la gracia, todo. Esta gracia la pediré cotidianamente a Dios en la santa misa y en la comunión.

Ejercicios de 1944.

Centenario del nacimiento de Domingo Savio. Sin mortificación no se puede vivir en este mundo. Cómo y en qué mortificarme lo encontraré a porrillo: yo ya he previsto todo esto, pero mi carácter altanero se rebelará y me quitará gran parte del mérito que pudiera

adquirir. Temo tanto... soy tan inconstante, tan flojo, que a pesar de mi voluntad firme, preveo que aflojaré. Pero todo lo espero del Señor que viene en mi auxilio. No negaré a nadie los favores que pueda prestar. Trataré de no dejarme enredar con cosas que me quiten la tranquilidad del alma.

23 de mayo de 1944.

Cuántas enseñanzas me ha dado la muerte dichosa del coadjutor don Félix Perotto. Alma sencilla; religioso abnegado, trabajador, retirado, modesto. Para mí, conservó intacto en pensamientos y obras, el lirio de la pureza. Su virtud, su piedad varonil, me certifican que ya sigue al cordero dondequiera que va. Ya forma en la legión de vírgenes que vio San Juan cortejando al Cordero. En la hora de la muerte nada vale haber brillado; los amigos de nada sirven; uno no se lleva consigo sino el bien que hubiere practicado.

Ejercicios de 1943.

Tengo que santificarme, y es poco lo que hasta ahora he adelantado. Procuraré ayudar a mis hermanos y en especial a los niños a mí confiados, con el ejemplo y la palabra, sin ese temor que me caracteriza».

Y así por varios años todavía.

Pero ya es tiempo de poner fin a esta carta que va para larga. Pero los méritos del personaje aquí descrito, la estima en que se le tenía, la autoridad moral de que gozaba, la necesidad de animarnos mutuamente al cumplimiento de nuestros deberes religiosos y salesianos, y el deseo de darles a nuestros queridos hermanos coadjutores el gusto de verse representados por uno de los suyos ante el trono de Don Bosco y de la Madre Auxiliadora, me servirán de disculpa por haberme alargado indebidamente.

Les pido a todos una oración por el descanso del alma de Don Luis y plegaria constante por el aumento de las vocaciones de coadjutores salesianos.

Affmo. en Don Bosco,

ILDEFONSO GIL Q.

Inspector.

Editorial Salesiana - Medellín

